

ano. (Y todo fué por las negras entrañas con que ese Tirano desterró á las Hermanas de la Caridad).

Luego los católicos tenemos la fortuna de haber removido el gran obstáculo que se opuso al triunfo de Tuxtepec.

Convénzase usted, Don Guillotino, que no todo lo hacen las bayonetas, y que no son buenas sólo las piedras, sino también el Credo.

Ya sé que usted es tan tonto, que llama tontería á la Religion. Demasiado lo sé. Pero, amigo, yo le tengo á usted lástima y á más de eso no me dá usted ningun cuidado, precisamente por lo jacobino y lo guillotino. ¡Ojalá y se convirtiera usted en dinamitero; porque entonces crecería el número de los Castelar y Julio Simon convertidos en católicos, cuya conducta sobre Concordato es lo que me tomo la libertad cristiana y democrática de aconsejar á mi Estimado Señor Presidente y verdadero benemérito de México.

Andando vamos, Don Diarito; ya los liberales científicos tienen asco de ustedes los egoístas jacobinos. Pretenden ustedes reirse de Dios, y ¡guay! que otros más guapos han dejado de reirse. Tengo ejemplos muy recientes con que dejar á ustedes á medio resollar, pero no es justo mentar la soga en casa del ahorcado.

Eso de que ustedes, los jacobinos, con estúpida tiranía, pongan obstáculo á que cese el Ateísmo Oficial por medio de un Concordato con el Respetabilísimo Pontífice Santo Leon XIII, cuando ya las naciones liberales y protestantes de Europa y de América entran al orden de consideraciones á la Religion, eso es infame, y ¡guay! de los ruines jacobinos que á eso llamen libertad; eso es sólo brutalidad. Los liberales ilustrados claman ya como nosotros los católicos, porque se satisfaga esa hambre y sed de justicia que la Nación tiene.

Andando vamos; hay un Dios en el cielo, y la victoria prometida está infaliblemente á los que han hambre y sed de justicia. Ríanse los tontos; los sabios no se rien de tan tremendas necesidades, de tan respetables asuntos, de tan sagrados derechos.

El autor de

"LOS DOMINGOS EN GUADALUPE."

PLEGARIA A LA VIRGEN. (1)

Escrita expresamente para las virtuosas señoritas Dolores y Natalia Rovelo.

Venimos á besar tu augusto manto, ¡oh! Virgen, de los cielos soberana, convulsas de dolor. . . ¡Ved nuestro llanto!

Nos separamos ¡ay! de la cristiana y hermosa devoción. A tus altares, otras vendrán, con músicas, mañana.

Nosotras, con tristezas, con pesares, que no podremos ya, en tu compañía, del mundo y del error salvar los mares.

¡Ah! Reina de las vírgenes, María, nos alejan de tí. . . ¡Mejor la muerte, mejor la muerte cruel, que esta agonía.

¿Cómo hemos de vivir, madre, sin verte, si eres tú nuestro orgullo, si consuelo hallamos en servirte y en quererte?

De todas las venturas de este suelo, ninguna cual la nuestra, de adorarte así como los ángeles del cielo.

En tí su inspiración encuentra el arte, en tí su luz más pura la conciencia, en tí la religion ve su baluarte.

Es tu nombre bendito como esencia

(1) Existe en Comitán esta poética devoción: cada año, un grupo de señoritas se consagra al culto de la Virgen, con el título de *Damas de honor*; y al verificarse el cambio, las que salen celebran una tiernísima ceremonia de despedida, que es á la que alluden los presentes versos.

que en las almas virtuosas se difunde para darles fragancia y transparencia.

La malicia del hombre se confunde al contemplar tu majestad divina: ¡que de ella nuestro espíritu se inunde!

Tu pureza es un sol, siempre ilumina, y no descende del zenit; gloriosa, á través de los siglos se adivina.

¡Oh! Torre de David, mística Rosa, ten piedad de tus hijos que te aclaman, de las obras de Dios, la más hermosa.

Sus corazones en tu fé se inflaman; y en testimonio de su amor profundo, las lágrimas ardientes que derraman recibe, Madre celestial del mundo.

J. Antonio Rivera G.

Comitán, Marzo de 1895.

○:(0):○

Contra pereza, diligencia.

(LEYENDA.)

I

HABÍA en una pequeña aldea, cuyo nombre no hace al caso, dos hermanos, sencillos labriegos, que habían recibido de sus padres una herencia muy regular, consistente la mayor parte en viñedos y huertas frondosísimas que bañaba el río Henares.

Cosme y Damian se llamaban los dos hermanos; eran gemelos y se parecían muchísimo físicamente; hasta el punto de confundirlos en el pueblo, pero en cuanto á las cualidades intelectuales y morales, eran el reverso de la medalla el uno del otro.

Cosme, aplicado, laborioso y de intachables costumbres, se dedicó desde su niñez al cultivo de la labranza, mereciendo por esto el dictado de zafio y lugareño con que lo designaba su hermano, que era enteramente opuesto á todo trabajo corporal.

Su bondad, hija de un corazón sano y honrado, era extremada y le hacía escuchar con indiferencia los sarcasmos y burlas de que era objeto, contentándose con decir muchas veces á Damian:

—Sí, yo seré zafio y todo lo que quieras, pero tú con esa vida que haces de pereza y holgazanería, nunca harás prosperar tus heredades, y ten cuidado con ellas, mira que, «hacienda, tu dueño te vea, y si no que la venda,» como dice el refrán, y tú la tienes enteramente abandonada como si el trabajo fuera el elemento principal para la riqueza.

—¿Qué sabes tú, necio?—le contestaba amostazado su hermano.—Yo tengo quien cuida de todo, y además, ¿quieres que viva como tú que ni siquiera sabes la cartilla?

—Sé lo bastante para manejarme. Creo que un labrador como yo y como tú, con saber el catecismo para enseñar á nuestros hijos la doctrina cristiana y las cuentas de comprar y vender para que nadie los engañe, saben lo bastante.

—Claro, si te preguntan dónde está Francia dirás que en los cuernos de la luna.

—¿Y á mí qué me importa? Cada uno en su oficio es maestro y yo no necesito saber otra cosa que cultivar la tierra y hacerla producir muchos y muy buenos frutos. El que de todo quiere entender, nunca sabrá de nada bien, por aquello de oficial de todo, maestro de nada.

—Ea, pues á mí no me vengas con tus sermones de gramática parda; yo hago mi gusto y no admito consejos de nadie, mucho menos de un tonto de caprote como tú.

—Pues, hijo, con tu pan te lo comas, contestó Cosme con su santa paciencia; yo sigo en mis trece: trabajo y actividad labran prosperidad.

II

En efecto así siguieron. Cosme estaba en el campo ántes del alba, vigilando á sus trabajadores y trabajando él también sin importársele un ardite; por la noche se pasaba un par de horas en casa de su novia, que era una jóven aplicada y hacendosa como él, y después se marchaba pensando siempre en el dichoso día de su casamiento, que habían fijado para un plazo no muy lejano.

Por su parte, Damian, nunca iba al campo; se levantaba á las diez de la mañana y se marchaba á la puerta de la iglesia á ver las muchachas que salían de misa mayor; después hacía su visita diaria al boticario, al cura y al escribano.

Las tardes solía pasarlas leyendo, ó pescando en la orilla del río. Volvía al anochecer y era de rigor ir á casa del alcalde ó del boticario á echar una partida de manilla.

III

Así pasó un año. Al cabo de este tiempo, cumplido el luto que los dos hermanos llevaban por su padre, se casaron ambos, teniendo Cosme en Teresa una mujer que le ayudase á hacer prosperar su hacienda, y Damian, en Sofía, un nuevo motivo para gastar infructuosamente su dinero y su tiempo.

Mientras los primeros pasaban los días entregados al trabajo y á las privaciones, iban los segundos de fiesta en fiesta, y de pueblo en pueblo buscando la diversión y el placer que no hallaban en su casa.

Llevando cada día un puñado de tierra se forma una montaña al cabo de cierto tiempo; pero si aquella montaña se necesita de pronto, no es posible construirla en un día.

Así le sucedió á Damian; le vendieron sus propiedades para pagar á los acreedores; viéndose sin criados procuró trabajar, pero como no tenía costumbre se entregó con demasiado ardor á tareas penosas y cayó enfermo.

Sus hijos le pedían pan, y el infeliz no tenía ni un pedazo que llevar á la boca ni dinero para comprarles ropa y calzado, viéndolos casi desnudos.

Su mujer, que de todo entendía menos del arreglo de la casa, pasaba el día en la de las vecinas lamentándose de la desidia y pereza de su marido que había dejado perder una hacienda tan pingüe como la suya. En vez de ayudarle le abrumaba con sus reconvenciones.

A tanto llegó su miseria que vendieron el último olivar que les quedaba, sin que por eso Sofía dejase su aire de gran señora.

Faltó el pan y faltó con él la armonía de aquel matrimonio, que mutuamente se echaba en cara la culpa de su desgracia.

¡Triste suerte! . . . Un matrimonio disuelto, una fortuna destruida, unos hijos abandonados. . . Y sólo porque faltó la base primordial de la casa: el trabajo, la economía, el orden.

VI

¿Qué hacen entre tanto Cosme y Teresa? Veámoslo:

A la entrada de la población y en la ribera misma del Henares, había muchos años ántes un pequeño huerto que heredó Cosme de su padre. A la sazón, aquel huertecillo con su humilde choza se ha convertido en una magnífica posesión.